

El extenso ensayo de Andrés Velasco y Daniel Brieba, Liberalismo en tiempos de cólera, que presentamos en de Quólibet 17, comienza con este breve párrafo:

El conflicto político de la segunda mitad del siglo XX fue entre la derecha y la izquierda. El gran conflicto de la primera mitad del siglo XXI será entre los populistas y los defensores de la democracia liberal.

En los próximos boletines presentaremos distintos aspectos de este conflicto, por ejemplo, la polarización que se ha incubado no solo en la política, también en la cultura y, más grave aún, en el talante moral de mucha gente; el desencanto de muchos por la democracia vigente y sus instituciones; su debilitamiento y erosión usando para ello procedimientos democráticos, y más...

En este número, comenzamos con el populismo: qué es, cómo funciona, para qué sirve, qué efectos tiene. Publicamos una serie de ensayos breves, que han aparecido en columnas periodísticas, de lectura ágil y amena. Sus autores –Enrique Krauze, Moisés Naim, Jesús Silva-Herzog Márquez, Jan-Werner Müller– son estudiosos de la vida pública bajo distintas perspectivas –historia, política, filosofía, sociología–, cuyas credenciales en esos saberes son reconocidas. Y lo que expresan son, por supuesto, opiniones, no dogmas.

El Papa Francisco tiene también unos párrafos en su reciente Encíclica Fratelli tutti acerca del populismo y de la noción de “pueblo”. Aunque sea la voz del Papa, es igualmente una opinión sobre cuestiones opinables, que no se equiparan a dogmas y doctrinas de fe y moral, ni siquiera a posiciones teológicas bien definidas. Esto es lo que piensa el Papa de asuntos que están en el debate público.

ENCÍCLICA *FRATELLI TUTTI* DEL PAPA FRANCISCO

SOBRE LA FRATERNIDAD Y LA AMISTAD SOCIAL

155 El desprecio de los débiles puede esconderse en formas populistas, que los utilizan demagógicamente para sus fines, o en formas liberales al servicio de los intereses económicos de los poderosos. En ambos casos se advierte la dificultad para pensar un mundo abierto que tenga lugar para todos, que incorpore a los más débiles y que respete las diversas culturas.

156 En los últimos años la expresión “populismo” o “populista” ha invadido los medios de comunicación y el lenguaje en general. Así pierde

el valor que podría contener y se convierte en una de las polaridades de la sociedad dividida. Esto llegó al punto de pretender clasificar a todas las personas, agrupaciones, sociedades y gobiernos a partir de una división binaria: “populista” o “no populista”. Ya no es posible que alguien opine sobre cualquier tema sin que intenten clasificarlo en uno de esos dos polos, a veces para desacreditarlo injustamente o para enaltecerlo en exceso.

157 La pretensión de instalar el populismo como clave de lectura de la realidad social, tiene otra

Quodlibet: lo que place o gusta. Es un vocablo que se usaba en las discusiones filosóficas y teológicas medievales para designar un tema cualquiera. **Quaestio de quolibet** es una cuestión por discutir sobre un tema de libre elección. El vocablo se usa en música para designar piezas ligeras compuestas en contrapunto, como la Variación 30 de las Goldberg de J. S. Bach. Designa también composiciones de cantos infantiles para enseñar música a niños y niñas. Lo usamos como nombre de este boletín para subrayar que es un espacio de lectura libre, por puro gusto.

Consejo de redacción: Francisco Quijano, Pablo Caronello, Marta García, Susana Ruani, Miguel Rivas de Quolibet - Avenida Apoquindo 8600 - Las Condes - Santiago de Chile - Correo: kerygmachile@gmail.com

debilidad: que ignora la legitimidad de la noción de pueblo. El intento por hacer desaparecer del lenguaje esta categoría podría llevar a eliminar la misma palabra “democracia” —es decir: el “gobierno del pueblo”—. No obstante, si no se quiere afirmar que la sociedad es más que la mera suma de los individuos, se necesita la palabra “pueblo”. La realidad es que hay fenómenos sociales que articulan a las mayorías, que existen megatendencias y búsquedas comunitarias. También que se puede pensar en objetivos comunes, más allá de las diferencias, para conformar un proyecto común. Finalmente, que es muy difícil proyectar algo grande a largo plazo si no se logra que eso se convierta en un sueño colectivo. Todo esto se encuentra expresado en el sustantivo “pueblo” y en el adjetivo “popular”. Si no se incluyen —junto con una sólida crítica a la demagogia— se estaría renunciando a un aspecto fundamental de la realidad social.

158 Porque existe un malentendido: «Pueblo no es una categoría lógica, ni una categoría mística, si lo entendemos en el sentido de que todo lo que hace el pueblo es bueno, o en el sentido de que el pueblo sea una categoría angelical. Es una categoría mítica [...] Cuando explicas lo que es un pueblo utilizas categorías lógicas porque tienes que explicarlo: cierto, hacen falta. Pero así no explicas el sentido de pertenencia a un pueblo. La palabra pueblo tiene algo más que no se puede explicar de manera lógica. Ser parte de un pueblo es formar parte de una identidad común, hecha de lazos sociales y culturales. Y esto no es algo automático, sino todo lo contrario: es un proceso lento, difícil... hacia un proyecto común».

159 Hay líderes populares capaces de interpretar el sentir de un pueblo, su dinámica cultural y las grandes tendencias de una sociedad. El servicio que prestan, aglutinando y conduciendo, puede ser la base para un proyecto duradero de transformación y crecimiento, que implica también la capacidad de ceder lugar a otros en pos del bien común. Pero deriva en insano populismo cuando se convierte en la habilidad de alguien para cautivar en orden a instrumentalizar políticamente la cultura del pueblo, con cualquier signo ideológico, al servicio de su proyecto personal y de su perpetuación en el poder. Otras veces busca

sumar popularidad exacerbando las inclinaciones más bajas y egoístas de algunos sectores de la población. Esto se agrava cuando se convierte, con formas groseras o sutiles, en un avasallamiento de las instituciones y de la legalidad.

160 Los grupos populistas cerrados desfiguran la palabra “pueblo”, puesto que en realidad no hablan de un verdadero pueblo. En efecto, la categoría de “pueblo” es abierta. Un pueblo vivo, dinámico y con futuro es el que está abierto permanentemente a nuevas síntesis incorporando al diferente. No lo hace negándose a sí mismo, pero sí con la disposición a ser movilizad, cuestionado, ampliado, enriquecido por otros, y de ese modo puede evolucionar.

161 Otra expresión de la degradación de un liderazgo popular es el inmediatismo. Se responde a exigencias populares en orden a garantizarse votos o aprobación, pero sin avanzar en una tarea ardua y constante que genere a las personas los recursos para su propio desarrollo, para que puedan sostener su vida con su esfuerzo y su creatividad. En esta línea dije claramente que «estoy lejos de proponer un populismo irresponsable». Por una parte, la superación de la inequidad supone el desarrollo económico, aprovechando las posibilidades de cada región y asegurando así una equidad sustentable. Por otra parte, «los planes asistenciales, que atienden ciertas urgencias, sólo deberían pensarse como respuestas pasajeras».

162 El gran tema es el trabajo. Lo verdaderamente popular —porque promueve el bien del pueblo— es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Esa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino hacia una existencia digna. Por ello insisto en que «ayudar a los pobres con dinero debe ser siempre una solución provisoria para resolver urgencias. El gran objetivo debería ser siempre permitirles una vida digna a través del trabajo». Por más que cambien los mecanismos de producción, la política no puede renunciar al objetivo de lograr que la organización de una sociedad asegure a cada persona alguna manera de aportar sus capacidades y su esfuerzo. Porque «no existe peor pobreza que aquella que priva del trabajo y de la dignidad del trabajo». En una so-

ciudad realmente desarrollada el trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social, ya que no sólo es un modo de ganarse el pan, sino también un cauce para el crecimiento personal, para

establecer relaciones sanas, para expresarse a sí mismo, para compartir dones, para sentirse corresponsable en el perfeccionamiento del mundo, y en definitiva para vivir como pueblo.

♦ ♦ ♦

LA PALABRA *POPULISMO*

por Enrique Krauze *

El populismo es un término resbaloso. No obstante, la palabra ha terminado por encontrar (en la realidad, no en los diccionarios) su significación definitiva. Es una forma de poder, no una ideología. Más precisamente, el populismo es el uso demagógico que un líder carismático hace de la legitimidad democrática para prometer la vuelta a un orden tradicional o el acceso a una utopía posible y, logrado el triunfo, consolidar un poder personal al margen de las leyes, las instituciones y las libertades.

En junio de 2016 Barack Obama se asumió como populista en la tradicional definición anglosajona del término, la referida a “aquellas políticas que buscan apoyar al pueblo, y en particular a las personas de clase trabajadora”. En ese momento aún se veía remoto, por no decir imposible, el arribo de Trump al poder. Tras el triunfo de Brexit y del fascista que habita (a veces) la Casa Blanca, y ante el ascenso mundial de los líderes que desde la izquierda o derecha representan y defienden feroces políticas antiliberales, significativamente, Obama dejó de usar el término

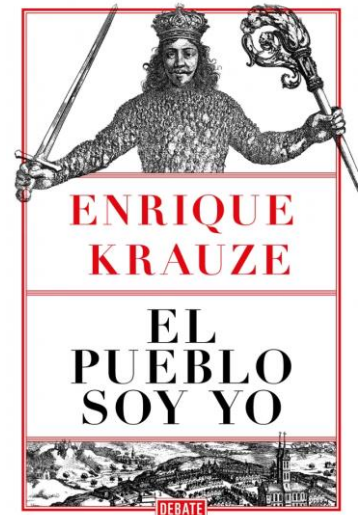
Los “populistas” estadounidenses eran campesinos que se organizaron local o regionalmente. El presidente Andrew Jackson fue “populista” porque abrió una era de intensa participación popular en la democracia estadounidense. El movimiento los *narodniki* (literalmente “populistas”) tuvo una gran importancia en la formación de la conciencia revolucionaria en Rusia. Los populistas rusos (estudiados por Franco Venturi y referidos en varios ensayos de Isaiah Berlin) eran jóvenes de la burguesía o la aristocracia que abandonaban sus hogares para ir al pueblo, para integrarse a él, aprender de él, redimirlo y redimirse. Eslavófilos por lo general, hallaron una voz en León Tolstói, que no sólo vestía como campe-

sino sino que creó la máxima idealización del alma pura en Platón Karataev, el santo campesino de *La guerra y la paz*. Curiosamente, fueron los propios campesinos rusos los que expulsaron a los jóvenes populistas de sus comunidades. No los reconocían como sus salvadores ni se reconocían en ellos. Este uso del término “populista” es anacrónico.

Todo populismo –en sentido actual– postula una división entre “los buenos” y “los malos”, que históricamente es de viejo cuño: los jacobinos –precursores remotos– emprendieron la lucha contra los aristócratas y “émigrés”; los comunistas y fascistas contra la burguesía; los nazis contra los judíos y los bolcheviques. No es casual que para John McCormick, especialista en el tema, los mayores “populistas” hayan sido los grandes teóricos del nazismo y el bolche-

vismo, Carl Schmitt y Lenin. La sugerencia es excesiva, pero de todos modos los vincula un aire de familia: la visión dicotómica de la sociedad y la política. Esa visión es una constante.

En la Europa actual, el populismo tiene, ante todo, un sentido racista: atiza las pasiones populares contra los irreconciliables y ominosos “otros”, que por siglo fueron (y siguen siendo) los judíos y ahora son, mayoritariamente, los musulmanes. La xenofobia es una nota constante: el populismo ha proliferado debido a la mi-



gración masiva. Sus seguidores son mayoritariamente varones inseguros por las amenazas de la globalización cultural ((inmigración), económica (desempleo) o política (integración). Ejemplos de partidos populistas de derecha radical: El Frente Nacional francés (FN) de Jean-Marie Le Pen, el Partido de la Libertad en Austria (FPÖ) del pronazi Jörg Haider, y el Block flamenco en Bélgica (VB). Pero la ideología no parece un fundamento claro para definir al populismo europeo porque existen populismos de corte neoliberal (como el que representaba el desaparecido List Pim Fortuny en Holanda, y Forza Italia, de Berlusconi), y aun populismos de izquierda, cuyo mensaje democrático-socialista no se presenta ya como la bandera del proletariado sino como “la voz del pueblo” (el Partido Alemán de Democracia Socialista, el Partido Socialista Escocés o el Partido Socialista Holandés).

Tras la caída del comunismo, en Europa del Este aparecieron los republicanos checos y el Partido Rumano Mayor que se congregaron en torno a líderes fuertes, como el partido del polaco Tyminski, el Movimiento por una Eslovaquia Democrática de Meciar y el Partido de Democracia Social de la Rumania de Iliescu. Hoy, el populismo tiene un espectro ideológico más amplio: puede fluctuar entre la derecha radical (como Jobbik en Hungría) y un populismo de centro en la República Checa u otro de izquierda en Eslovaquia. En España, el populismo tiene el rostro telegénico, académico y disruptivo de Podemos, y la vertiente nacionalista del independentismo catalán.

Según los politólogos estadounidenses, en su país la derecha monopolizó durante mucho tiempo el discurso populista, pero ha aparecido también en la izquierda. Todos hablan en nombre de “la gente”: “el hombre trabajador”, “el hombre olvidado”, “*Jack the Plumber*”, “la silenciosa mayoría”, “el 99 por ciento”. Desde la izquierda, los movimientos populistas procuraban construir instituciones cooperativas para

que una autoridad popular gobernase la vida económica, cultural y política (por ejemplo, el experimento de Occupy Wall Street). Pero también la derecha creyó defender al pueblo apelando al individualismo radical: el Tea Party criticó a Obama por ser “no americano”, “elitista” y “socialista”. La obvia paradoja es que, aunque los seguidores del Tea Party se declaraban parte de un movimiento popular, casi todos son republicanos, el partido tradicional de las élites. En la campaña de 2016, un meteorito populista de extrema derecha cayó sobre Estados Unidos y el mundo: Donald Trump. Y para pasmo universal Estados Unidos está ahora gobernado por un líder populista absolutamente decidido a fulminar las instituciones de la más antigua y sólida democracia del mundo. Nadie, en Estados Unidos, duda en llamar a Trump populista. *The Economist* se ha referido a él como el “Peronista del Potomac”.

En América Latina no hemos dudado en llamar populista al populista, con el sentido real del término. Populista fue Eva Perón, que dijo: “Yo elegí ser 'Evita'... para que por mi intermedio el pueblo y sobre todo los trabajadores encontrasen siempre el camino de su líder”. Populista fue Hugo Chávez, que en infinitas ocasiones alardeó de ser la encarnación del pueblo: “Aquí no hay nada más que amor: amor de Chávez al pueblo, amor del pueblo a Chávez”. “Yo ya no soy Chávez, yo soy un pueblo, carajo”, dijo al final de su vida. Las consecuencias históricas de ambos regímenes está a la vista. Pronto lo podría estar también Gran Bretaña y Estados Unidos. También México.

En las librerías del mundo occidental proliferan ahora las obras sobre el populismo. Ya no hay equívocos. El populismo es el uso demagógico de la democracia para acabar con ella.

* Enrique Krauze (Ciudad de México 1947) es historiador. Ha publicado numerosos libros; es fundador y director de la revista *Letras Libres* (aquí). Este ensayo fue publicado en el diario *Reforma* (4.6.2017); corregido y reeditado en el libro *El pueblo soy yo* (Debate). México, 2018, pp. 115-118.

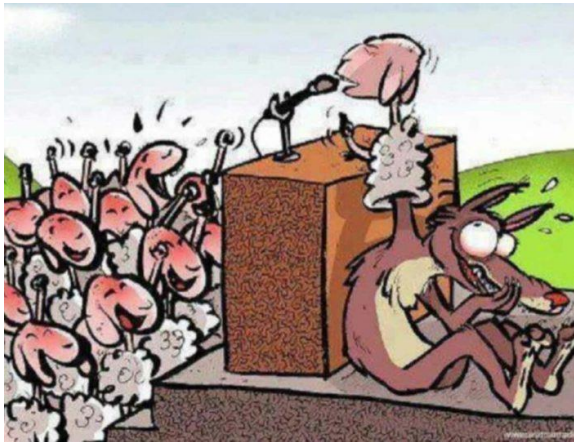


EL POPULISMO: MANUAL PARA USUARIOS

por Moisés Naím *

El populismo no es una ideología. Es una estrategia para obtener y retener el poder. Siempre ha existido, pero en los últimos tiempos ha reaparecido con fuerza, potenciada por Internet y por las frustraciones de sociedades abrumadas por el cambio, la precariedad económica y una amenazante inseguridad ante lo que deparará el futuro.

Una de las sorpresas del populismo es cuán comunes son sus ingredientes, a pesar de que los líderes que lo ejercen y los países donde lo imponen son muy diferentes. El populismo hoy reina en la Rusia de Vladimir Putin y en la América de Donald Trump, la Turquía de Recep Tayyip Erdoğan y la Hungría de Viktor Orbán, entre muchos otros. En todos vemos cuatro tácticas principales.



Divide y vencerás. El líder y su gobierno se presentan como los defensores del noble pueblo —el *populus*— maltratado y atropellado. Los populistas se nutren del “nosotros contra ellos”: el pueblo contra la casta, la élite, la oligarquía, el 1% o, en Europa, contra “Bruselas” y en Estados Unidos contra “Washington”.

Los populistas más exitosos son virtuosos del arte de exacerbar las divisiones y el conflicto social: entre clases, razas, religiones, regiones, nacionalidades y cualquier otra brecha que pueda ser ensanchada y convertida en indignación y furia política. Los populistas no temen jugar con fuego y avivar el conflicto social; por el contrario, lo necesitan.

Deslegitimar y criminalizar a la oposición. Exagerar la mala situación del país y magnificar los problemas es indispensable. El mensaje central del populista es que todo lo que hicieron los gobiernos anteriores es malo, corrupto e inaceptable. El país necesita urgentemente cambios drásticos y el líder populista promete hacerlos. Y quienes se oponen a sus cambios no son tratados como compatriotas con ideas diferentes, sino como apátridas a quienes hay que borrar del mapa político.

La criminalización de los rivales es una táctica común de populistas y autócratas. Uno de los lemas más populares en los mítines de la campaña de Donald Trump fue “enciérrrenla”, refiriéndose a la amenaza de encarcelar a Hillary Clinton. En Rusia, Turquía, Egipto o Venezuela estas amenazas contra líderes de la oposición no se quedan en eslóganes.

Denunciar la conspiración internacional. El populismo requiere de enemigos externos. Este es un viejo truco que, tristemente, suele dar dividendos políticos a corto plazo aunque luego acabe en tragedias. El enemigo externo puede ser un país —para el presidente Trump son China o México, por ejemplo— o un grupo. Viktor Orbán, el primer ministro húngaro, ha dicho que “los inmigrantes son violadores, ladrones de empleos y un veneno para la nación” y construyó un muro para mantenerlos fuera. Para Vladimir Putin, Estados Unidos estuvo detrás de las “revoluciones coloradas” que sacudieron a Europa oriental y llegaron a las calles de Moscú en 2011. Putin también denuncia regularmente a la OTAN.

Con frecuencia estos enemigos extranjeros suelen ser presentados como aliados de la oposición doméstica. Por ejemplo, el presidente de Turquía ha explicado que el fallido golpe de Estado en su contra el año pasado fue una conspiración orquestada por Fetulá Gülen, un clérigo musulmán radicado en Estados Unidos que tiene una amplia base de seguidores en Turquía. Según Erdoğan, el golpe también contó con el apoyo de militares estadounidenses. Cuando a los populistas las cosas en casa

les comienzan a ir mal suelen provocar conflictos internacionales que sirvan de distracción. Este es el gran peligro que significa tener a Donald Trump como jefe supremo de las fuerzas armadas más poderosas que ha conocido la humanidad.

Desprestigiar a periodistas y expertos. “¡Este país está harto de expertos!”. Así reaccionó Michael Gove, uno de los líderes del *Brexit*, ante un informe de varios economistas que documentaron los costos que tendría para Reino Unido la salida de la Unión Europea. Para Donald Trump no importa que el calentamiento global haya sido confirmado por miles de científicos. Él sostiene que es una conspiración de China. El presidente de EE UU también piensa que el autismo es causado por las vacunas y no le importa que esa sea una teoría completamente falsa.

Pero el desdén que tienen los populistas por la ciencia, los datos y los expertos no es nada comparado con el desprecio que sienten por los

periodistas. Desprecio que en algunos países conduce a la cárcel, a las palizas y, en ciertos casos, al asesinato. El hecho es que tanto los científicos como los periodistas obtienen datos y documentan situaciones que suelen chocar con la narrativa que les conviene a los populistas. Y cuando eso pasa, nada es mejor que descalificar —o eliminar— al mensajero.

Ninguna de estas tácticas es nueva. Lo sorprendente es su actual renacimiento en un mundo donde se esperaba que la democracia, la educación, la tecnología, las comunicaciones y el progreso social hicieran más difícil su éxito.

* Moisés Naím (Tripoli, 1952), venezolano, es conocido por sus columnas de opinión. Fue director del Banco Central de Venezuela y del Banco Mundial; tiene una trayectoria sólida como analista de la sociedad, publicado varias obras personales y en colaboración. Obtuvo el premio Ortega y Gasset de periodismo de excelencia en 2011. Este artículo fue publicado en diario *El País* (5.2.2017).



DECÁLOGO DEL POPULISMO

por Enrique Krauze

El populismo en Iberoamérica ha adoptado una desconcertante amalgama de posturas ideológicas. Izquierdas y derechas podrían reivindicar para sí la paternidad del populismo, todas al conjuro de la palabra mágica: “pueblo”. Populista quinta esencial fue el general Juan Domingo Perón, quien había atestiguado directamente el ascenso del fascismo italiano y admiraba a Mussolini al grado de querer “erigirle un monumento en cada esquina”. Populista posmoderno fue el comandante Hugo Chávez, quien veneraba a Castro hasta buscar convertir a Venezuela en una colonia experimental del “nuevo socialismo”. Los extremos se tocan, son cara y cruz de un mismo fenómeno político cuya caracterización, por tanto, no debe intentarse por la vía de su contenido ideológico sino de su funcionamiento. Propongo diez rasgos específicos.

1) *El populismo exalta al líder carismático.* No hay populismo sin la figura del hombre providencial que resolverá, de una buena vez y para siempre, los problemas del pueblo:

“La entrega al carisma del profeta, del caudillo en la guerra o del gran demagogo —recuerda Max Weber— no ocurre porque lo mande la costumbre o la norma legal, sino porque los hombres creen en él. Y él mismo, si no es un mezoquino advenedizo efímero y presuntuoso, 'vive para su obra'. Pero es a su persona y a sus cualidades a las que se entrega el discipulado, el séquito, el partido”.

2) *El populista no sólo usa y abusa de la palabra: se apodera de ella.* La palabra es el vehículo específico de su carisma. El populista se siente el intérprete supremo de la verdad general y también la agencia de noticias del pueblo. Habla con el público de manera constante, atiza sus pasiones, “alumbrando el camino”, y hace todo ello sin limitaciones ni intermediarios. Weber apunta que el caudillaje político surge primero en las ciudades-Estado del Mediterráneo en la figura del “demagogo”. Aristóteles (*Política*, V) sostiene que la demagogia es la causa principal de “las revoluciones en las democracias”, y advierte una convergencia entre el po-

der militar y el poder de la retórica que parece una prefiguración de Perón y Chávez: “En los tiempos antiguos, cuando el demagogo era también general, la democracia se transformaba en tiranía; la mayoría de los antiguos tiranos fueron demagogos”. Más tarde se desarrolló la habilidad retórica y llegó la hora de los demagogos puros: “Ahora quienes dirigen al pueblo son los que saben hablar”. Hace veinticinco siglos esa distorsión de la verdad pública (tan lejana a la democracia como la sofística de la filosofía) se desplegaba en el Ágora; en el siglo XX lo hace en el Ágora virtual de las ondas sonoras y visuales: de Mussolini (y de Goebbels), Perón aprendió la importancia política de la radio, que Evita y él utilizarían para hipnotizar a las masas. Chávez, por su parte, superó a su mentor Castro en utilizar hasta el paroxismo la oratoria televisiva.

3) *El populismo fabrica la verdad.* Los populistas llevan hasta sus últimas consecuencias el proverbio latino *vox populi, vox Dei*. Pero como Dios no se manifiesta todos los días y el pueblo no tiene una sola voz, el gobierno “popular” interpreta la voz del pueblo, eleva esa versión al rango de verdad oficial, y sueña con decretar la verdad única. Como es natural, los populistas abominan de la libertad de expresión. Confunden la crítica con la enemistad militante, por eso buscan desprestigiarla, controlarla, acallarla. En la Argentina peronista, los diarios oficiales y nacionalistas —incluido un órgano nazi— contaban con generosas franquicias, pero la prensa libre estuvo a un paso de desaparecer. La situación venezolana, con la “ley mordaza” pendiendo como una espada sobre la libertad de expresión, apunta en el mismo sentido; terminará aplastándola.

4) *El populista, en su variante latinoamericana, utiliza de modo discrecional los fondos públicos.* No tiene paciencia con las sutilezas de la economía y las finanzas. El erario es su patrimonio privado, que

puede utilizar para enriquecerse o para embarcarse en proyectos que considere importantes o gloriosos, o para ambas cosas, sin tomar en cuenta los costos. El populista tiene un concepto mágico de la economía: para él, todo gasto es inversión. La ignorancia o incompreensión de los gobiernos populistas en materia económica se ha traducido en desastres descomunales de los que los países tardan decenios en recobrase.

5) *El populista, una vez más en su variante latinoamericana, reparte directamente la riqueza.* Lo cual no es criticable en sí mismo (sobre todo en países pobres, donde hay argumentos sumamente serios

para repartir en efectivo una parte del ingreso, al margen de las costosas burocracias estatales y previniendo efectos inflacionarios), pero el populista no reparte gratis: focaliza su ayuda, la cobra en obediencia. “¡Ustedes tienen el deber de pedir!”, exclamaba Evita a sus beneficiarios. Se creó así una idea ficticia de la realidad económica y se entronizó una mentalidad becaria. Y al final, ¿quién pagaba la cuenta? No la propia Evita (que cobró sus servicios con creces y resguardó en Suiza sus cuentas multimillonarias) sino las reservas acumuladas en décadas, los propios obreros con sus donaciones “voluntarias” y, sobre todo, la posteridad endeudada,

devorada por la inflación. En cuanto a Venezuela (cuyos caudillos han partido y repartido los beneficios del petróleo), la improductividad del asistencialismo (tal como Chávez lo practicó) sólo se sentirá en el futuro, cuando los precios se desplomen o el régimen lleve hasta sus últimas consecuencias su designio dictatorial.

6) *El populista alienta el odio de clases.* “Las revoluciones en las democracias —explica Aristóteles, citando ‘multitud de casos’— son causadas sobre todo por la intemperancia de los demagogos”. El contenido de esa “intemperancia” fue el odio contra los ricos; “unas veces por su política de

DECÁLOGO POPULISTA

- 1 Exalta al líder
- 2 Se apodera de la palabra
- 3 Fabrica la verdad
- 4 El erario se hace privado
- 5 Reparte directamente la riqueza
- 6 Alienta el odio de clases
- 7 Moviliza a grupos sociales
- 8 Fustiga al "enemigo exterior"
- 9 Desprecia la ley
- 10 Cancela las instituciones

Fuente: Enrique Krauze

delaciones [...] y otras atacándolos como clase, [los demagogos] concitan contra ellos al pueblo”. Los populistas latinoamericanos corresponden a la definición clásica, con un matiz: hostigan a “los ricos” (a quienes acusan a menudo de ser “antinacionales”), pero atraen a los “empresarios patrióticos” que apoyan al régimen. El populista no busca por fuerza abolir el mercado: supedita a sus agentes y los manipula a su favor.

7) *El populista moviliza permanentemente a los grupos sociales.* El populismo apela, organiza, enardece a las masas. La plaza pública es un teatro donde aparece “Su Majestad El Pueblo” para demostrar su fuerza y escuchar las invectivas contra “los malos” de dentro y fuera. “El pueblo”, claro, no es la suma de voluntades individuales expresadas en un voto y representadas por un parlamento; ni siquiera la encarnación de la “voluntad general” de Rousseau, sino una masa selectiva y vociferante que caracterizó otro clásico (Marx, no Karl sino Groucho): “El poder para los que gritan ‘¡el poder para el pueblo!’”.

8) *El populismo fustiga por sistema al “enemigo exterior”.* Inmune a la crítica y alérgico a la autocrítica, necesitado de señalar chivos expiatorios para los fracasos, el régimen populista (más nacionalista que patriota) requiere desviar la atención interna hacia el adversario de fuera. La Argentina peronista reavivó las viejas (y explicables) pasiones antiestadounidenses que hervían en Iberoamérica desde la Guerra del 98, pero Castro convirtió esa pasión en la esencia de su régimen: un triste régimen definido por lo que odia, no por lo que ama, aspira o logra. Por su parte, Chávez ha llevado la retórica antiestadounidense a expre-

siones de bajeza que aun Castro habría considerado (tal vez) de mal gusto. Al mismo tiempo hace representar en las calles de Caracas simulacros de defensa contra una invasión que sólo existe en su imaginación, pero que un sector importante de la población venezolana (adversa, en general, al modelo cubano) terminó por creer.

9) *El populismo desprecia el orden legal.* Hay en la cultura política iberoamericana un apego atávico a la “ley natural” y una desconfianza a las leyes hechas por el hombre. Por eso, una vez en el poder (como Chávez), el caudillo tiende a apoderarse del Congreso e inducir la “justicia directa” (“popular”, “bolivariana”), remedo de una *Fuenteovejuna* que, para los efectos prácticos, es la justicia que el propio líder decreta. El Congreso y la Judicatura fueron un apéndice de Chávez, igual que en la Argentina lo eran de Perón y Evita, quienes suprimieron la inmunidad parlamentaria y depuraron, a su conveniencia, el Poder Judicial.

10) *El populismo mina, domina y, en último término, domestica o cancela las instituciones de la democracia liberal.* El populismo abomina de los límites a su poder, los considera aristocráticos, oligárquicos, contrarios a la “voluntad popular”. En el límite de su carrera, Evita buscó la candidatura a la vicepresidencia de la República. Perón se negó a apoyarla. De haber sobrevivido, ¿es impensable imaginarla tramando el derrocamiento de su marido? No por casualidad, en sus aciagos tiempos de actriz radiofónica, había representado a Catalina la Grande. En cuanto a Chávez, llegó a declarar que su horizonte mínimo sería el año 2020.

* Este artículo fue publicado en el diario *Reforma* (23.10.2005); reeditado en *El pueblo soy yo*, pp. 119-123.

• ♦ •

EL POPULISMO COMO PARÁSITO

por Jesús Silva-Herzog Márquez

Acaba de publicarse un libro valiosísimo para comprender nuestro presente. Se trata, a mi juicio, del estudio más ambicioso sobre la naturaleza profunda del populismo. Más que un estudio sociológico o económico sobre las causas de su atractivo, o una comparación histórica de experiencias populistas, es un trabajo minucioso de

teoría política. Nadia Urbinati, una reconocida filósofa de la política, ha publicado un denso tratado sobre el fenómeno que recorre el mundo. *Me The People: How Populism Transforms Democracy (Yo, el Pueblo. Cómo el populismo transforma a la democracia)* es el título del libro que ha publicado la editorial de la Universidad de Harvard y que

espera aún la casa que ofrezca una versión en español. Vale adelantar un comentario sobre este ensayo académico porque representa una de las mejores herramientas para entender el sentido del cambio en buena parte del mundo. En efecto, el populismo es el desafío más serio que enfrentan las democracias liberales contemporáneas. El libro de Urbinati nos ayuda a comprender la imaginación y el lenguaje populista; aprecia el origen de su astucia y registra también sus peligros.

“Cualquier entendimiento de la política contemporánea que quiera ser tomado en serio, dice la politóloga de la Universidad de Columbia, debe vérselas con el populismo”. En efecto, los gobiernos y los movimientos populistas están rehaciendo la política en todo el mundo. Por eso es indispensable precisar los contornos de esa fórmula, entender su mecánica, comprender las fuentes de su seducción, desarmar sus recursos retóricos y, sobre todo, analizar la complejidad de su vínculo con la democracia. Vale empezar por reconocer que el populismo es hijo de la democracia. No es, como el fascismo, su asesino, sino, si acaso, su amenaza y su desafío más complejo.

El populismo es certero en su denuncia. En efecto, muestra las fallas de las democracias realmente existentes. Su lenguaje dicotómico ayuda a exhibir la crisis de la representación, la distancia de las élites, el secuestro de las instituciones, el efecto de políticas nocivas. Su gran éxito es construir en la imaginación un nosotros vivo y potente. Sin embargo, no se resuelve ahí la decepción democrática. Lo que parece claro es que incuba ahí mismo, en las grietas del régimen democrático. No inventa la crisis: la revela, la explota, la utiliza. Por eso el populismo es una especie de parásito. No derrota desde fuera a la democracia: se inserta en sus órganos vitales y los somete. Un caudal de transformaciones retóricas e institucionales alteran los equilibrios, los derechos, las cautelas de la democracia liberal. Las instituciones no son valoradas ya como procesos que dan cauce a la diversidad y que asientan algún principio de neutralidad. Las reglas dejan de ser ámbitos de lo común para convertirse en propiedad de los ganadores. Si la libertad que garantizan las leyes se usa para obstruir la voluntad popular, se vuelve ilegítima. El pueblo



no es el cuerpo completo de los ciudadanos sino aquella parte del pueblo que es la auténtica, la buena, la moral. Esto es importante: a pesar de su discurso de inclusión, a pesar de su invocación constante y obsesiva de El Pueblo, el populismo se regodea en la exclusión: el Pueblo verdadero contra sus enemigos; el Pueblo real contra los impostores. El pueblo no es nunca toda la gente. Por ello, el populismo representa una política estructuralmente facciosa.

El populismo ocupa a juicio de Urbinati un espacio entre la democracia constitucional y el fascismo. Si llevara sus propósitos a su última consecuencia no podría más que terminar en algún tipo de dictadura. Si el antipluralismo triunfa, la democracia muere. Por eso el éxito definitivo del populismo sería su suicidio: su claudicación como forma extrema de la democracia y su conversión en dictadura. De ahí la pertinencia de la imagen del parásito. El enemigo de la democracia liberal necesita la sobrevivencia del huésped para vivir. Requiere la preservación de ciertas formas, de ciertas reglas, de ciertos órganos. El populismo desfigura esos canales, pero no los elimina; los pervierte, pero no los suprime. El populismo, quiere decirnos Urbinati, no matará a la democracia. La desfigurará a tal punto de hacerla irreconocible.

* Jesús Silva-Herzog (Ciudad de México, 1965) estudió derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México y ciencias políticas en la Columbia University NY. Enseña en la escuela de gobierno del Instituto Tecnológico de Monterrey. Ha publicado varios libros sobre política. Escribe regularmente en el diario Reforma, el que fue publicado este artículo (26.8.2019)

EL POPULISMO Y CÓMO LIDIAR CON ÉL

por Jan-Werner Müller

¿Qué es el populismo? *En un libro de bolsillo de 140 páginas, Jan-Werner Müller (Bad Honnef, Alemania, 1970), profesor de ciencias políticas en la Universidad de Princeton, logra atrapar, a juicio de estudiosos de la política, la quintaesencia de una realidad difícil de conceptualizar: el populismo. El librito fue publicado en inglés en 2016, en español en 2017 (México, Grano de sal, 2017).*

Si bien el Manual de Naím y el Decálogo de Krauze señalan los criterios para identificar regímenes populistas en distintas partes del mundo, transcribo unos párrafos esenciales de este librito, que el propio Müller expuso antes de su publicación en una lección inaugural de la Cátedra del Núcleo Milenio en la Universidad Diego Portales el 18 de marzo de 2015. Yo puse los títulos. [F. Q.]

Quintaesencia del populismo

Mi propuesta es que el populismo es una peculiar *imaginación moralista de la política*, una forma de percibir el mundo político que sitúa a un pueblo moralmente puro y totalmente unido –pero ficticio al fin y al cabo, como sostendré más adelante– en contra de las élites consideradas corruptas o moralmente inferiores de alguna otra forma. (33)

Además de ser anti elitistas, los populistas son siempre anti pluralistas: aseveran que ellos, *y solo ellos*, representan al pueblo. Otros contendiente políticos solo son parte de la élite corrupta e inmoral, o eso dicen los populistas mientras no detentan ellos mismos el poder; cuando gobiernan, no reconocen a nadie como una oposición legítima. (33)

Representación política y populismo

El populismo surge con la introducción de la democracia representativa; es su sombra. (33)

Contrario a lo que indica la sabiduría popular, los populistas no tienen que estar en contra de la idea misma de representación, sino que inclusive pueden respaldar una versión particular de ella. Para los populistas no hay ningún problema con la representación, siempre y cuando los representantes correctos representen al pueblo correcto para hacer un juicio correcto y, en consecuencia, hagan lo correcto. (39)

Los populistas asumen que “el pueblo” puede hablar con una voz y emitir algo parecido a un mandato imperativo que les diga a los políticos exactamente lo que tienen que hacer en el gobierno... Así que no hay una necesidad real

de debatir, mucho menos del desordenado vaivén de deliberar en el congreso o en otras asambleas nacionales. (45)

Los populistas siempre han sido fieles comunicadores del pueblo real y han elaborado los términos del contrato, pero el hecho es que el mandato imperativo realmente no ha venido del pueblo; sus instrucciones supuestamente detalladas están basadas en una interpretación de los políticos populistas. (45)

Esta lógica puede manifestarse de tres formas diferentes: un tipo de colonización del Estado, clientelismo de masas y lo que los politólogos llaman a veces “legalismo discriminatorio” y, finalmente, la represión sistemática de la sociedad civil. (60)

Los populistas en el poder tienden a ser severos (por decir lo menos) con las organizaciones no gubernamentales (ONG) que los critican. Nuevamente, hostigar o incluso suprimir a la sociedad civil no es una práctica exclusiva de los populistas, pero para ellos la oposición desde la sociedad civil crea un problema moral y simbólico específico: potencialmente socava su afirmación de ser los únicos representantes morales del pueblo. (64-65)

Forma de gobernar populista

La idea de que los populistas en el poder están destinados al fracaso resulta, de alguna u otra forma, reconfortante [pero] es una ilusión. Por un lado, mientras que los partidos populistas en efecto protestan contra las élites, esto no significa que el populismo en el poder será contradictorio. Para

empezar, de cualquier fracaso de los populistas en el gobierno todavía puede culparse a las élites que actúan tras bambalinas, ya sea de forma interna o en el extranjero (aquí vemos nuevamente la no tan casual conexión entre el populismo y las teorías de la conspiración). (57-58)

Los populistas en el gobierno siguen polarizándose y preparan al pueblo para nada menos que lo que presentan como una suerte de confrontación apocalíptica. Buscan moralizar el conflicto político lo más posible. (58)

El populismo en el poder conlleva, refuerza u ofrece otra variedad de la misma exclusión y usurpación del Estado a la que se propone en el sistema imperante que busca reemplazar. Los populistas terminarán haciendo lo mismo que el “viejo sistema” o las “élites inmorales corruptas” supuestamente han hecho siempre, solo que, como era de esperarse, lo harán sin culpa y con una justificación supuestamente democrática. (65)

Éxito del populismo

¿Cómo se explica el atractivo del populismo? ... Yo sugeriría que su éxito puede estar relacionado con lo que podríamos llamar las promesas incumplidas de la democracia, las cuales, en cierto sentido, simplemente no pueden cumplirse en nuestras sociedades. (96)

La promesa principal, por ponerlo simple, es que el pueblo puede gobernar. Al menos en teoría, los populistas aseveran que el pueblo como un todo no solo tiene una voluntad común y coherente, sino que también puede gobernar... Muchas intuiciones iniciales de la democracia pueden acomodar

darse en un cuadro similar: la democracia es autogobierno y quien puede gobernar idealmente no es solo una minoría sino el todo. (96)

Ahora bien, los populistas hablan *como si* esas promesas pudieran cumplirse; hablan y actúan *como si* el pueblo pudiera desarrollar un único criterio, una única voluntad, y por ende un único mandato inequívoco; hablan y actúan *como si* el pueblo fuera uno –cuya oposición, si se reconociera su existencia, estaría llamada a desaparecer–; hablan como si el pueblo, si tan solo empoderara a los representantes correctos, pudiera dominar por completo su destino. (97)

Cómo lidiar con el populismo

Concluyo con algunas sugerencias de cómo es mejor hablar *con* los populistas –y no solo *acerca de*– los populistas sin terminar hablando *como* ellos. (95-96)

Sugiero que, mientras los populistas se mantengan dentro de la ley –y no inciten a la violencia, por ejemplo–, los otros actores políticos (y los miembros de los medios de comunicación) tienen cierta obligación de involucrarlos. Cuando entran a los parlamentos representan a quienes votaron por ellos; simplemente ignorar a los populistas reforzará la sensación entre esos votantes de que las “élites existentes” los han abandonado o, de hecho, de que estas nunca les importaron... Es posible tomar en cuenta sus demandas políticas sin tomarlos a ellos al pie de la letra y, sobre todo, no es necesario aceptar la forma en que los populistas enmarcan ciertos problemas. (104-105)

